



Bolívar, la integración y los países andinos


Tito Mosquera Irurita



A

casi 172 años de su fallecimiento en la histórica ciudad de Santa Marta, la figura del Libertador Simón Bolívar se perfila, siempre en mayores relieves, como la más sobresaliente

de la historia del continente americano. Cuando se habla sobre el héroe inmortal, la imagen que ordinariamente viene hacia nosotros es la del guerrero intrépido, atravesando los Andes, con su bagaje de ideales, caminando hacia la gloria; la del literato, orador y poeta, embelesando multitudes con su palabra convincente, llena de fuego y de belleza al mismo tiempo; o la del amante apasionado que escribe cartas a la mujer lejana que va tras de su gloria. También pensamos en el político y estadista, perdido en una maraña de intrigas, atento al discurrir azaroso de convenciones, congresos y asambleas.



*Doctor en Derecho, Ciencias
Políticas y Sociales de la
Universidad de Cauca.
Embajador (r) de la Carrera
Diplomática y Consular de
Colombia.
Ex Embajador de Colombia
ante las Repúblicas de
Nicaragua y El Salvador.
Miembro de la Sociedad
Bolivariana de Colombia y
de la Sociedad
Santanderista, de cuyo
centro académico es su
actual Rector.*

Pero a Bolívar hay que colocarlo no sólo en el marco de la vida real sino en la que se sucede ante nosotros, para que a medida que el tiempo desgaja sus páginas y se adentra en la eternidad, sea este hombre extraordinario un punto de referencia que influya en la conducta y en la tarea de las generaciones presentes y futuras. Para lograr este acoplamiento del genio a la realidad circulante, la que quema y golpea nuestras vidas en esta hora del acontecer universal, podríamos señalar, entre otras muchas, estas dos circunstancias: su lucha incesante por la libertad, como el bien sublime para el hombre; y la convicción de que sólo la sincera unión de las naciones unidas es lo que podrá algún día lograr sobre la tierra la felicidad de los pueblos. Estas dos concepciones de su espíritu revolucionario y creador fueron y serán los polos necesarios, probablemente nunca alcanzables, de la fe y de las esperanzas de la especie.

Dentro de su polifacética personalidad, Bolívar fue un hombre de pasiones, una fuerza desatada que logró sobresalir y brillar con luz propia, por la superioridad genial y el vigor de carácter. En más de una ocasión chocó con amigos que le habían sido fieles, entre ellos el más

ilustre granadino que fue su compañero en Casanare y Boyacá y que en seguida se transformó en destacado fundador de la nacionalidad colombiana y eficiente administrador del Estado: El General Francisco de Paula Santander. La posteridad se inclina con respeto ante su desacuerdo y nos pone de presente que la historia une y no separa. Es a ellos a quienes se debe la idea genial de unir en un solo haz todos los pueblos del continente, dando paso a lo que se conoce en el derecho internacional americano como el Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, el primer ensayo oficial que registra la historia del mundo de una sociedad de naciones organizada sobre principios jurídicos.

Desde fines del siglo XVIII venía formándose la idea de la unidad de los pueblos de las colonias españolas ante la nebulosa perspectiva de que un día llegaran a constituirse como naciones libres. Quizás entre los primeros que esbozaron la idea fue el ilustre don Francisco de Miranda cuando, en 1791, habló de "formar de la América una gran familia de hermanos". Ya él había concebido la posibilidad grandiosa de la independencia para constituir un solo Estado que abarcara el inmenso territorio de lo que hoy es México y la

América Central, América del Sur y los grandes territorios que colonizó España y que hoy forman parte de varios de los Estados Unidos de América del Norte. Si en sí era vasta y atrevida esta concepción del precursor admirable, Bolívar fue aún más lejos, cuando, en su profética Carta de Jamaica expresa: "es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación que ligue sus partes entre sí y con el todo...."

Un gran patricio centroamericano, el hondureño José Cecilio del Valle, dirigía en 1822 un profético mensaje, propugnando también la formación de un congreso interamericano "más expectable que el de Viena, más interesante que las dietas donde se combinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos", cuya misión, tan apropiada hoy como entonces, sería la de proveer a la defensa común, solucionar pacíficamente las diferencias intestinas y propender al desarrollo económico del continente.

El Congreso de Panamá, bueno es recordarlo, sentó las bases del regionalismo internacional dando origen al panamericanismo, a la Organización de Estados Americanos y a múltiples organismos de integración política, econó-

mica y cultural, como la antigua ALALC y la Comunidad Andina de Naciones, entre otros. Bolívar, fiel y acertadamente secundado por el Vicepresidente Francisco de Paula Santander, puede en justicia ser considerado como el creador del verdadero panamericanismo, que no es otra cosa que el acervo de ideas y principios gestores del ordenamiento jurídico de nuestra comunidad hemisférica y un movimiento inspirado en el propósito de articular la cooperación entre los países de la región. La fuente prístina de la creación de la Organización de Estados Americanos, emana, pues, de la concepción visionaria de Bolívar y de quienes con él llevaron a feliz término la memorable reunión de Panamá.

A través de toda la historia diplomática de nuestra América y en la labor realizada por sus agentes en los congresos hispanoamericanos del siglo XIX y luego en las conferencias panamericanas que empezaron en 1890, el pensamiento internacional de Bolívar ha sido la brújula que

Dentro de su polifacética personalidad, Bolívar fue un hombre de pasiones, una fuerza desatada que logró sobresalir y brillar con luz propia, por la superioridad genial y el vigor de carácter. En más de una ocasión chocó con amigos que le habían sido fieles, entre ellos, el más ilustre granadino que fue su compañero en Casanare y Boyacá y que en seguida se transformó en destacado fundador de la nacionalidad colombiana y eficiente administrador del Estado.

nos ha guiado y el espíritu que discurre a todo lo largo de nuestro devenir histórico. Bolívar y Santander, con la valiosísima colaboración de don Pedro Gual, entonces Canciller de la Gran Colombia, le dieron a América, desde 1826, un ideal que este continente ha perseguido y sigue buscando a través de todas sus vicisitudes; ese ideal es la solidaridad continental, la convicción de que



1. François Desiré Roulin, Bogotá 1828.
2. José María Espinosa, Bogotá 1829.
3. José María Espinosa, Bogotá 1830.
4. Antonio Meucci, Cartagena 1830.

todas las repúblicas del hemisferio occidental constituyen una gran familia de naciones, cuyos intereses comunes y cuyas aspiraciones deben ser idénticas. Largo y agitado ha sido el camino que desde 1826 ha recorrido la comunidad americana. Conferencias y tratados, reuniones y convenios, proyectos y organismos, jalonan con intensidad creciente esa ruta hacia el porvenir.

Revivir los ideales de unidad e integración es deber insoslayable de quienes creemos en la obra portentosa del Libertador, quien después de lograr la independencia de cinco naciones, supo planificar y configurar con sólidos lineamientos ideológicos sus destinos, su estabilidad, su condición jurídica de Estados soberanos, libres e independientes. Es en el pensamiento de unidad y de integración donde radica, ciertamente, lo fundamental del ideal bolivariano para forjar cada Estado, erigir la Patria, relacionada con las demás naciones, y cristalizar su sueño de solidaridad continental, sin enclaustrarnos en estrechos nacionalismos.

En muchos documentos, pero especialmente en la Carta de Jamaica de 1815, en la convocatoria del Congreso de Panamá formulada dos días antes de que se consumara

en Ayacucho la independencia de América, y en sus intervenciones como Presidente de la Gran Colombia, se puntualiza y desarrolla el ideal del Libertador para la unidad americana y, de modo singular, su propósito de integración y solidaridad para las nuevas naciones. Y es que el tema de la integración sigue siendo, incuestionablemente, uno de lo más importantes en esta hora de globalización del destino humano. El concepto de "nación isla", de archipiélago despedazado como consecuencia de la división y de la anarquía, son, afortunadamente, conceptos ya superados dentro de la aceptación de una filosofía superior de convivencia americanista, pues de lo que hoy se trata es de la integración en el sentido de una coexistencia dinámica, no como un simple hecho de naturaleza contemplativa, sino como un testimonio o un impulso vigoroso, con una acción creadora y de poderoso aliento en el orden social, cultural, económico, político y tecnológico.

La integración ayer, la integración hoy, nos impone la misma visión universal que alumbró el genio de Bolívar ante el conjunto de realidades mundiales y latinoamericanas. La independencia de

nuestros pueblos no podía ser entendida sino para la unidad y así lo expresó en Londres cuando en 1810 viajó a la capital inglesa en compañía de don Andrés Bello. Del mismo modo pensaron todos los libertadores de América. La independencia fue para ellos un paso hacia la unión y si ayer fue indivisible la independencia económica, hoy también lo es. O nos unimos para la independencia económica o seguiremos siendo dependientes. Porque las batallas de la liberación económica no las libraremos en ninguno de nuestros países, ni en ninguna otra patria de América Latina, como no se ganó la independencia sino aunando el esfuerzo de todos los pueblos.

Vemos, pues, cómo desde los albores de nuestra vida republicana el mismo Bolívar nos enseñó que el anhelo integracionista era la mejor forma para reafirmar nuestra identidad política, social y cultural e irrumpir así, con pie firme, en el concierto de las naciones. Al cabo de los años, y tal como lo estamos observando con la Comunidad Andina, la integración se constituye en uno de los mejores mecanismos para lograr el adelanto de los pueblos y para avanzar en la empresa comunitaria de lu-

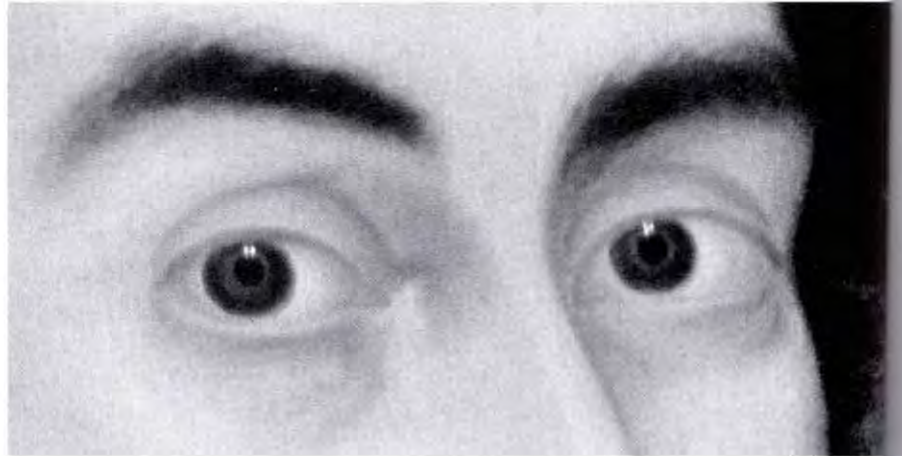
char contra el subdesarrollo. Los planes de integración y cooperación constituyen la expresión de esa solidaridad americana proyectada por Bolívar y Santander en la reunión del istmo, cuando en esa cita memorable trabajaron de consuno por una América fuertemente unida y adecuadamente preparada para los retos del futuro.

Obviamente, el empeño integracionista no podía estar exento de las asperezas y de las dificultades que caracterizan a todo proyecto de auténticas dimensiones. La vida de los pueblos, como la de los hombres, es una lucha permanente por sobrevivir y de esa lucha se derivan, sin duda, enriquecedoras experiencias. Ni siquiera naciones de conformación más homogénea y con aparatos productivos más desarrollados han logrado evitar fricciones y eliminar definitivamente los escollos para la conformación de mercados comunes. Ejemplos como el

La integración ayer, la integración hoy, nos impone la misma visión universal que alumbró el genio de Bolívar ante el conjunto de realidades mundiales y latinoamericanas. La independencia de nuestros pueblos no podía ser entendida sino para la unidad y así lo expresó en Londres cuando en 1810 viajó a la capital inglesa en compañía de don Andrés Bello. Del mismo modo pensaron todos los libertadores de América.



de la Comunidad Económica Europea, como el del Mercado común Centroamericano, como el de Camecón o CAME, como el de la Comunidad Andina de Naciones, señalan bien que sólo es factible obtener éxito a través de la perseverancia y del empeño que tienen que animar un propósito común.



1. José María Espinosa, Bogotá 1828.
2. Anónimo, Bogotá 1830.
3. José María Espinosa, Bogotá 1830.
4. Antonio Meucci, Cartagena 1830.
5. José Gil de Castro, Lima 1825.

Como lo dijera un ilustre ex-presidente de Colombia, “la integración, lejos de constituir un complejo intercambio de dificultades, es un poderoso instrumento para vigorizar nuestras economías dentro del esquema, claro está, de una sana dosis de competencia que permita también a la iniciativa subregional aplicar el máximo de su habilidad en la satisfacción de la demanda por productos del área”. Con cuánta razón nos hemos pronunciado en más de una ocasión a favor de la política de integración andina, que constituye uno de los objetivos fundamentales de la diplomacia de nuestros países, unidos por un igual deseo de alcanzar las metas fijadas desde un comienzo.

Si analizamos con detenimiento los objetivos de este

poderoso instrumento que es la Comunidad Andina de Naciones, vemos que ellos se identifican en su espíritu con la política integracionista proyectada por Bolívar para las nacientes repúblicas, tanto en lo político como en lo económico y social. Valga la pena repasarlos ahora, y sus valiosas consecuencias en la unidad americanista.

- Promover el desarrollo y el equilibrio armónico de sus países miembros en condiciones de equidad, mediante la integración y la cooperación económica y social.
- Acelerar su crecimiento y la generación de empleo.
- Impulsar su participación en el proceso de integración regional con miras a la formación gradual de un

mercado común latinoamericano.

- Disminuir la vulnerabilidad externa y mejorar la posición de los países miembros en el contexto económico internacional.
- Procurar el mejoramiento persistente en el nivel de vida de sus habitantes.

Son éstos, en esencia, los claros objetivos que Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela se han trazado desde que se echara a andar el experimento de integración subregional en Cartagena y se ampliara y actualizara en junio de 1997. En su concepción original, el acuerdo de Cartagena combinó adecuadamente la antigua aspiración latinoamericana hacia la integración económica de nuestros pueblos con la aplicación de las más modernas teorías sobre el desarrollo. Aunque las transformaciones de carácter externo e interno que se han producido en la subregión y que afectan el desarrollo económico y social de los países miembros son innegables, resulta por demás evidente que los grandes objetivos consagrados en el Acuerdo de Cartagena mantienen su plena vigencia y validez.

Los treinta y dos años de existencia del proceso de integración económica subregional nos dejan un rico acervo de experiencias y realidades tangibles que no es posible desconocer, siendo hoy el mejor instrumento para responder a los retos de la globalización. La verdad es que ninguno de los países que conforman la Comunidad Andina tiene capacidad por separado de jugar un papel significativo en la nueva realidad del mundo. Tal como se expresó en el XIII Consejo Presidencial Andino celebrado en Valencia, Venezuela, la Comunidad Andina debe cumplir con el objetivo bolivariano de constituirse en una "Nación de Repúblicas". Esta nación de repúblicas será el mundo nuevo para hombres nuevos que ocupan una superficie de 4.710.000 kilómetros cuadrados.

Hoy, como en 1826, cobra sentido y tiene importancia hablar de la unidad latinoamericana y del común origen y destino de nuestros pueblos. En estos momentos de incertidumbre, cuando os-

Los treinta y dos años de existencia del proceso de integración económica subregional nos dejan un rico acervo de experiencias y realidades tangibles que no es posible desconocer, siendo hoy el mejor instrumento para responder a los retos de la globalización.

curos nubarrones se ciernen sobre el firmamento de nuestra patria, cabe reflexionar sobre la unidad americana y sobre el futuro de la Comunidad Andina, pues el porvenir de estos países descansa en la posibilidad de autoafirmación que los sitúe al margen de cualquier aislamiento y de la dependencia. Ningún homenaje mejor a nuestros próceres, que ver convertido en realidad el ideal de la integración continental, fortaleciéndola cada día y luchando sin desmayo por la realización de sus grandes objetivos. •

